

plico que, si en determinado género no no salen perlas tamañas como nueces, ni como guisantes siquiera, se aprovechen los aljofarillos. Disculpo que, en la penuria teatral de principios de este siglo, se citen y comenten las producciones de D. Cándido Trigueros ó de D. Félix Enciso y Castrillón; pero en la riqueza de la poesía lírica romántica, tan grande y fecunda como el mismo Padre dice, ¿qué falta nos hacían, vamos á ver, ni Sazatornil, ni Carbó, ni menos Amalia Fenollosa, de quien el mismo Padre Blanco dice... que no quiere decir nada?

El cuadro de la poesía lírica del romanticismo, no admite más que seis ú ocho figuras masculinas y dos femeninas, la Avellaneda y Carolina Coronado. En el drama romántico me estorban, para ver en su esplendor á Martínez de la Rosa con *Aben-Humeya*, á García Gutiérrez y Hartzenbusch con el *Trovador* y los *Amantes*, á Don Álvaro, á Zorrilla con *Tenorio*, *Traidor*, *inconfeso* y *mártir*..., en fin, á los que todos mis lectores recuer-

dan ya de seguro, me estorban, digo, los Arizas, los Ontiveros, los Huicis, “y otros cien autores dramáticos”, que dice el Padre. Y en cambio, el estudio sobre las verdaderas y magníficas obras maestras del teatro romántico en este siglo, me sabe á tan poco, á tan poco, que es menos aún de media miel. ¿Cómo he de resignarme á que *Don Juan Tenorio* sólo disfrute de tres páginas? ¿Puede en tres páginas decirse algo del *Tenorio*? No; ni su nombre creo que cabe en ellas.

Quede sentado que no me contradigo; que, en general, sobran autores, y falta espacio y detenimiento para los grandes, los inmortales ya. Pasemos á censurar otra deficiencia, que tal vez sea la misma mirada bajo distinta relación, y permítaseme recordar párrafos de la crítica que Valera dedicó al primer tomo de la obra: “No sé—dice el autor de *Pepita Jiménez*—hasta qué punto se puede prescindir en una historia literaria de dar una idea del estado político, de los cambios radicales y de los sucesos más de bulto que

ocurren en la nación de cuya literatura se habla, y que no pueden menos de influir en dicha literatura. Lo cierto es que el Padre prescinde, en mi sentir demasiado, de la Revolución francesa y sus ideas; de las guerras napoleónicas; de la cruel desmembración del Imperio español cuando perdimos cuanto en el continente de América era nuestro, y de las mismas revoluciones y discordias civiles de la Península, cuya faz vino á cambiarse, reemplazando un nuevo régimen al antiguo. No basta dar todo esto por sabido: importa decir algo de las transformaciones que en la sociedad, en el ánimo del pueblo y en sus costumbres, de todo lo cual la literatura es espejo, han traído consigo dichas novedades y dichos poco frecuentes acontecimientos. „Razón tiene Valera, sobre todo si viniese á completar su afirmación de la necesidad de tomar en cuenta el ambiente social y político otra: lo indispensable de unir al mismo estudio el del elemento étnico, perenne al través de las vicisitudes históricas, y el de las in-

fluencias extranjeras, más avasallador durante el período clásico y el romántico que hoy (á pesar de lo que el vulgo cree). Influencias francesas, inglesas y alemanas, combinadas con el elemento étnico y nacional: ahí tenéis la clave de nuestro romanticismo; ahí están explicados desde Espronceda, nuestro Byron, hasta Rivas, el Schiller español. Más que en los cambios políticos y en la pérdida de las colonias, veo ahí la razón suficiente de la evolución literaria. Desarmar tales resortes, exige volúmenes y volúmenes. Cuatro dedica Menéndez y Pelayo á analizar el ambiente exterior para sólo un género, la crítica y la preceptiva. Yo no digo que no haya exceso, aunque por mucho trigo nunca mal año: digo que en el Padre Blanco hay defecto, y que cada género de los que abarca su *Historia* pedía siquiera cien paginitas de bien mascado preámbulo. En suma: la obra no nació ni para comprendida en dos volúmenes, ni para elaborada en dos años. Vuelvo á mi tema: sabe á poco; no

siendo por su calidad descarnado epitome, tenía que ser por su cantidad lo indispensable, lo que reclamaba el asunto, si no había de precipitarse, como se precipita muchas veces. — Para contraerla á las dimensiones que en la obra del Padre ocupa, había que convertirla en una especie de extracto Liebig de crítica, estimando cada fenómeno literario con tal concisión y precisión, que sólo apareciese lo saliente, característico y esencial. Había sin remedio que suprimir tentadoras y amenas digresiones, y someterse á la más severa disciplina.

Y cuenta que el Padre (otro punto en que no disiento de Valera) ya recortó el plan cuando sólo admitió en él, no dos géneros, poesía y novela, como Valera asegura, sino cuatro — la poesía lírica, la poesía dramática, la novela, la crítica — excluyendo otros tan importantes como la historia, la oratoria, la literatura filosófica y en cierto respecto la periodística. “Es indisputable — advierte Valera — el pleno derecho que tiene cada cual á des-

lindar y acotar el campo que cultiva y á marcar asimismo el límite de su tarea; pero los inconvenientes son grandes en este caso y en casos análogos.” Los inconvenientes proceden de lo genérico del título (*La Literatura española en el siglo XIX*), que, en efecto, engolosa al lector con la promesa de un estudio redondo. Con la división por materias se salvaba la dificultad. Dos tomos sobre la lírica, ó sobre el drama, no comprometen á otros dos sobre el periodismo ó los oradores.

Insisto en estas observaciones, porque me figuro que el Padre Blanço, en su florida edad y situación favorable para el estudio y la labor literaria, no va á dejar que se le enmohezca la pluma, ni renunciará al gusto de corregir, ampliar, completar y perfeccionar su obra, cuya primera edición se despachará rápidamente, en atención á que no hay otro libro análogo que recomendar á los extranjeros, ni á los españoles deseosos de ponerse al corriente de la marcha de nues-

tra literatura. Cuando el Padre se entregue á la tarea de revisar su obra y mejorarla en tercio y quinto, no serán mis indicaciones las que le orienten, pero de las mías y de las ajenas, mucho más autorizadas, podrá formarse un conjunto de advertencias que acaso no le parezcan inútiles ni ociosas. No hay cosa más abierta al convencimiento que una inteligencia clara y bien abastecida de razón: así es la del Padre Blanco, y yo, que me guardaría de dirigir la más leve observación á un erudito petrificado ó á un infatuado gacetillero, fundo esperanzas muy bellas en los treinta y cinco y los cuarenta del Padre Blanco, que ha escrito tales libros á los veintiocho.

He de repetirlo, puesto que todavía he de poner más objeciones al tomo segundo que al primero, y respecto al primero, único de que hablaré en este número de Marzo, tengo que entretener alabanzas y censuras.

Ya se colige que no proyecto examinar uno por uno los juicios del Padre sobre

libros y autores. Muchísimos los pasaré por alto, sin que el silencio implique conformidad ni desacuerdo. Pretensión ridícula sería aspirar á que el Padre viese por mis ojos las obras y las personas. Sólo cuando me parezca demostrable un error de juicio, me detendré á demostrarlo.

Lo que urge es encarecer como se merece el estilo fácil, grato, ya elevado, ya sencillo, á veces elocuente, y en general adecuado y propio, que distingue al Padre Blanco. Selecto sin afectación en el lenguaje, suelto y desembarazado en la construcción, limpio de dengues de purista como de adocenados vulgarismos, el Padre habla claro, dice lo que quiere decir, adjetiva felizmente y ahorra al lector la fatiga que causa, ya la excesiva sequedad, ya el ridículo alambicamiento, ya la recargada pompa del discurso. Es un estilo que se caracteriza, antes que por la personalidad, por el equilibrio y la conveniencia. Rara vez un autor se ha formado su estilo peculiar é inconfundible á los años del Padre, y sin mucho golpear

en el yunque. Para historiar las letras, el estilo se ha de tomar como medio subordinado, no como objeto principal, y menos como fin último. Esto hace el Padre, y hace muy sabiamente.

Volviendo á lo que corresponde, no al escritor, sino al crítico, diré que me agrada que al lado de las figuras de Quintana y Gallego, campease la de Arriaza, poeta delicadísimo, á quien el Padre no distingue tanto como merece, poniéndole en montón con Rosa Gálvez, el estafalario Mor de Fuentes y el apreciable académico Musso y Valiente, de quien el mismo Padre asegura que "no le protegieron las Musas con larga mano". Ni larga ni corta; y aprovecho la ocasión para advertir que en ninguna nación como en España necesita el historiador literario valentía para desenredarse de la espesa maraña de nulidades líricas, que á veces oculta en su espesura á los pocos, muy pocos verdaderos poetas. Aquí, sea por moda, sea por falso sentimentalismo, no hay nadie que no se disfrace de poeta alguna vez,

y finja, como los mendigos el ataque de alferecía, el pimpleo raptó. Trámanse además complots poético-urbanos, como ese de la escuela de Sevilla, que debe olfatear el crítico. Los malos poetas no mejoran porque se asocien.

Arriaza era poeta. Si como vate oficial y palatino no nos merece sino compasión, cuando se emancipa encuentra acentos sentidos, hondos y dulces á la par, que Quintana desconocía. Bérranse ya de nuestra memoria los sonantes apóstrofes del cantor de la *Imprenta*, y aún puede hacer latir el corazón la hermosísima *Despedida de Silvia*, á que Arriaza dió carta de naturaleza en nuestro idioma y en nuestro espíritu. Algo de lo más penetrante que suspira la musa erótica de nuestro siglo, lo anticipan aquellas estrofas, no superadas quizá, por su ternura, su lucha de afectos, su elegíaca pasión:

«Pasen por ti con sosiego
De amor las horas serenas,
Y aquellas de angustias llenas
Que se detengan en mí...

¿En mí los lánguidos ojos
 Fijas con tanta ternura?
 ¿Sin faltarle la hermosura
 Falta á tu rostro el color?
 ¿Vas á abrir los labios rojos
 Y el sentimiento los sella?
 ¡Que en ti haya de ser tan bella
 Aun la imagen del dolor!»

.....

No es sólo esta primorosa poesía, moderna en el sentir y graciosamente *rococó* en la forma, la que debe citarse de Arriaza: además de sus himnos patrióticos, á que concede elogios el Padre, merece especial mención la donosísima é imperecedera *Función de vacas*, más conocida y citada que el nombre, eclipsado injustamente, de quien escribió sátira tan aguda y linda. Ya que Arriaza quede mucho más abajo que Quintana, bien digno era de componer trinidad con Lista y Gallejo, á quienes le antepondría yo, al menos subjetivamente. Y los demás..., junto al telón de fondo.

En las reflexiones que sugiere el advenimiento del romanticismo al Padre Blanco, domina la fácil caricatura de esa ten-

dencia literaria y social á la vez, y acaso sería de desear mayor seriedad en la consideración de una crisis tan universal como fecunda y espléndida en sus resultados. El romanticismo fué inmenso: en su ardiente hornilla entraron elementos diversísimos, concurriendo á una renovación capital de sentimientos y formas poéticas: en la sinfonía romántica se unieron las *stimmen der wölker* ó voces étnicas, que pedían plaza al sol para la fresca musa popular y la tradición misteriosa; la electricidad sentimental, condensada por la Edad Media y comprimida por el Renacimiento; la protesta cristiana contra el culto de la regla y de la forma, propio de los pueblos helénicos, repulsivo á los germánicos; la vaga tristeza y hondo pesimismo de nuestra edad, representado por *Rolla*; el vértigo de la metafísica alemana, encarnado en *Fausto*; el principio de libertad y hasta de anarquismo en el arte; el hastío roedor ó *mal del siglo*; grandioso cuadro de síntomas delatores de una transformación que llegaba

á la medula del cuerpo social... Si el romanticismo no hubiese sido más que unas cuantas señoritas remilgadas bebiendo vinagre para perder el color, y unos cuantos mancebos ilusos *ajumándose* en las que entonces se llamaban *orgías...*, ¿qué quedaría hoy en pié de ese gran movimiento, despertador de la conciencia nacional artística? Sin duda el Padre conoce bien la trascendencia y el mágico vigor del romanticismo en esta tierra donde los gérmenes románticos están á flor de suelo, y la menor influencia los hace brotar y granar; por lo mismo deploro la marcada preferencia que otorga á las chanzonetas de Tapia, Bretón y el Estudiante, prescindiendo del estudio de aquel "impulso general é irresistible, que partía de la renovación en las ideas y en las almas."

Sólo aprobación tendré para las páginas consagradas á Espronceda. Ya me había impresionado favorablemente este capítulo cuando lo anticipaba *La Ciudad de Dios*. La crítica del autor del *Diablo*

mundo no parece (como otras del tomo) hecha desde afuera, sino con esa penetración que identifica momentáneamente los espíritus, y á que se asocia el leyente. No me sorprendería que el Padre Blanco, que tantos versos componía á los diez y siete años y rasgó después, fuese en su adolescencia admirador del que entre nosotros, como en Francia Musset, merece el título de poeta de la juventud, intérprete de la precoz é inquieta *rêverie* de los imberbes mozos que palidecen inclinados sobre el libro.—Hay en el capítulo dedicado á Espronceda ese calor admirativo sin el cual se puede clasificar á un artista, pero nunca interpretarle; calor que se transmite al estilo y le presta sumo encanto.

No puedo transigir con que vayan juntos y de la mano (aun reconocida la superioridad del uno sobre el otro) el marqués de Molins y Ventura de la Vega. El respetable Marqués (á quien sólo atenciones he debido) no pasaba de docta y agradable medianía. Ventura de la Vega, aun-

que no hubiese escrito más que *La Muerte de César*, sería ya de aquellas perlas consabidas, si no de primera magnitud, al menos de oriente raro y peregrino. Reclamo en nombre de Vega, como reclamé en el de Arriaza. Yo, que soy apasionadísima devota del *Drama Nuevo*, no antepondría *Virginia* á *La Muerte de César*, con lo cual indico sobradamente que, en su línea, la tragedia de Ventura de la Vega es incomparable dentro del teatro español.

El capítulo que trata de los escritores de costumbres lo encuentro atinado en general, y exacto lo que dice del *Solitario*, sin que me arredre para sostener esta opinión la contraria, mantenida por D. Juan Valera. Lo que echo de menos es otro capítulo, ó una introducción á este mismo, sobre el estado de la sociedad que vinieron á retratar esos pintores de costumbres. No crea el Padre Blanco que le pido más agua en el chocolate; es que ya conoce mi opinión: los costumbristas españoles del siglo XIX merecen ellos solos

un tomo, que puede ser un primor de observación y curiosidad literaria. Si, por ejemplo, los dramaturgos y poetas románticos pueden en rigor ser juzgados desde el punto de vista exclusivamente literario-europeo, cotejando el fenómeno de su aparición con fenómenos similares acaecidos en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, Rusia,— los costumbristas, los de la *enjundia española*, no se comprenden bien no explicando antes la época de transición que les dió origen, la lucha (que persiste aún) de la España vieja con la nueva, lucha de que tuvo conciencia plenísima Antonio Flores, y el haberla tenido le asegura un puesto, si no eminente, seguro, ante la posteridad.

Entre los novelistas románticos ó *walterescotianos*, no se destacan como corresponde los dos maestros del género, que lo son, el uno por sólo un libro, el otro por un centenar de libros arrojados pródigamente al mercado librero, y que, ¡singular vitalidad!, se cotizan aún, si bien con descuento enorme.. Aludo á En-

rique Gil y á Manuel Fernández y González: no quiero ahincar mucho esta observación, no sólo por brevedad (pues dejo pendiente la segunda parte), sino porque sería repetir lo que tantas veces he declarado: que aquellas diferencias esenciales de método que imposibilitan á un crítico para aprobar sin rebozo la obra de otro crítico, entre el Padre Blanco y yo consisten principalmente en que se me figura error capital de perspectiva traer á primer término figuras de segundo, tercero y cuarto, con mengua de las que debían campear victoriosas, sea por su mérito intrínseco, ó por lo que en determinadas circunstancias significaron.—Resumiendo mi pensamiento: la obra del Padre Blanco hacía mucha falta; es muy digna de plácemes, y sólo se los regatearán los que ignoren ó finjan ignorar que *lo mejor es enemigo de lo bueno*; pero á ratos puede decirse de ella que *los árboles no dejan ver el bosque*.



UNA OPINIÓN SOBRE LA MUJER

(EL DISCURSO DEL MARQUÉS DEL BUSTO EN LA
REAL ACADEMIA DE MEDICINA.)

EN algunos periódicos he leído días atrás quejas de que aquí no se presta atención al movimiento científico; de que las especulaciones de nuestros pensadores caen en el vacío, y no hallan eco, sino silencio.—No soy yo quien puede remediar este daño, si tal daño existe; y quizá, aunque estuviese en mis medios coadyuvar á remediarlo, no estaría en mi voluntad, porque en las contadas materias en que no soy absolutamente profana, me causa tristeza la dirección y carácter de ese movimiento científico, y prefiero ignorarlo.

Verbigracia: yo he procurado saber lo que se piensa en Europa respecto á los problemas que entraña la educación y